

Homero en el Uruguay

Profesora Teresa Torres

Suele suceder que no nos cuestionemos acerca de los motivos que tienen aquellas cosas que forman parte de nuestra vida de manera que consideramos “natural”; creo que ese es el caso con el estudio de la obra homérica, a la cual nos acercamos –aquellos que hemos tenido la suerte de cursar secundaria- sin ningún resquemor ya que forma parte de nuestra tradición educativa. Nos pareció y nos parece que estudiar algunos aspectos de la literatura griega es parte tan ineludible del saber literario y cultural como lo puede ser cualquier conocimiento básico de otras disciplinas, incluso las científicas.

Son estas instancias de homenaje, el tema planteado por esta mesa en especial, lo que sacude la comodidad de la costumbre y nos hace ir en busca de razones que justifiquen ese asedio a una obra tan alejada en el tiempo.

Jorge Luis Borges será el primero en ayudarnos a encontrar una posible respuesta; en un escrito llamado “Atenas” (Atlas) nos cuenta un extraño sueño que, según sus propias palabras, le fue dado en “la primera mañana de mi primer día en Atenas”: extrañas imágenes de artículos soñados que tienen fin pero no principio pueblan la visión onírica del viajero provocándole el desconcierto, hasta que despierta y reencuentra la seguridad de una lúcida vigilia y nos dice: “estoy en Grecia donde todo ha empezado si es que las cosas, a diferencia de los artículos de la enciclopedia soñada, tienen principio.”

Muchos siglos han pasado desde ese “principio” y, sin embargo, seguimos reconociendo los ecos que nos llegan desde allí; podemos sentir el placer en la lectura de un símil, descubrir que la figura del “héroe” no está tan lejos de nuestro propio concepto de heroicidad, participar del dolor que trae consigo la guerra... Al decir de Vargas Llosa (“La Verdad de las Mentiras”) “el vínculo fraterno que la literatura establece entre los seres humanos, obligándolos a dialogar y haciéndolos conscientes de un fondo común, de formar parte de un linaje espiritual, trasciende las barreras del tiempo. La literatura nos retrotrae al pasado y nos hermana con quienes, en épocas idas, fraguaron, gozaron y soñaron con esos textos que nos legaron y que, ahora, nos hacen gozar y soñar también a

nosotros. Ese sentimiento de pertenencia a la colectividad humana a través del tiempo y el espacio es el más alto logro de la cultura y nada contribuye tanto a renovarlo en cada generación como la literatura”.

Conocer y reconocernos a través de la palabra, pero también teñir de nuestro propio tiempo la manera de hacer poesía retomando ecos del pasado. Homero sigue resonando en la literatura occidental y, obviamente, en letras de nuestro país. En un fino artículo llamado “PARA LA HISTORIA DE UNA METÁFORA”, la profesora Graciela Mántaras Loedel rastrea las resonancias literarias del símil homérico que dice: “Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera.” En un ejercicio de literatura comparada la autora rastrea la imagen en autores clásicos, (Virgilio, Dante) y llega al Uruguay; en la literatura nacional sostiene lo siguiente: “En nueve poetas nuestros he encontrado la reformulación del tópico. Ellos son: Enrique Casaravilla Lemos, Roberto Ibañez, Idea Vilariño, Ida Vitale, Washington Benavides, Circe Maia, Salvador Puig, Diana Correa y Jorge Castro Vega.” Por motivos de tiempo yo voy a ejemplificar sólo con el texto de Idea Vilariño la permanencia de la imagen:

Hoja caída

Hoja caída, hoja
marchita, llama helada
y gris y lisa y gris.

Hoja caída, hoja
Caída, llama helada.

El viento, sólo el viento
En las tardes heladas;
No el cierzo, el viento gris.
El viento, sólo el viento
En las tardes heladas.

Es la antigua, la de siempre,

Inútil, necesaria,
Fatal, eterna vuelta
De todo. Como siempre,
Inútil, necesaria.

Y ella cumple, la hoja
Caída, hoja caída,
Marchita, llama helada.
Permanece, una hoja
sin vida, hoja caída.

¿Y nada más?
No, nada.

No sólo en la lírica uruguaya podemos detectar los ecos homéricos sino que quizás sea más fácil reconocerlos en la narrativa. Eduardo Acevedo Díaz, el gran novelista histórico, aquel que lucha junto a otros de su generación por brindar al nuestro país una identidad nacional y que la busca fervientemente en el pasado, es un fervoroso lector de Homero. Como docente creo muy difícil poder interpretar a uno sin conocer al otro.

Señalaremos algunos de los fragmentos, recursos literarios e incluso nombres que demuestran esa afinidad literaria.

La particular fuerza de los personajes femeninos de Acevedo Díaz siempre ha llamado la atención en novelas y cuentos del autor; sus mujeres-dragones son un compendio de virtudes guerreras, de fiereza incluso, atributos que ocultan pero no anulan su entraña femenina; odio y amor se dan en ellas con la misma intensidad, con la misma desmesura que caracteriza a los héroes homéricos. Así es que el autor no duda en establecer un paralelo entre Sinforosa –heroína de “Ismael- y el propio Aquiles: “Tenía sus liviandades y sus grescas de fogón, como sus compañeras; entonces, a semejanza de Aquiles cambiaba de tienda, y aún se escondía de noche en alguna cañada seca cubierta de pajizales, para burlar al trompa del escuadrón, su preferido”; la actitud de retiro del guerrero ante una

ofensa, la idea de salvaguardar su prestigio es la misma, lo que cambia es el escenario: las ricas tiendas del Pelida son sustituidas por nuestras “cañadas y pajizales”. Pero el paralelo de Sinforosa con el héroe homérico no queda allí; su arma preferida es la lanza aunque esta no era más que “una caña con una hoja de tijera de esquila” y dista mucho del “fresno del Pelión” y va a volver a entrar en la lucha animada por el odio y el amor; cuando su hombre esté en peligro de muerte reaparecerá en la batalla, de la cual ha sido apartada por el nacimiento del hijo de ambos, y lo defenderá con su propia vida.

“Cata” la heroína del “Combate de la Tapera” también recuerda a Aquiles en su furia; Héctor, agonizante, suplica a Aquiles por su cadáver pero éste, ciego de odio, responde: “Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me den diez o veinte veces el debido rescate...”. Cata se acerca al capitán Heitor (¿será mera coincidencia histórica que lleve el mismo nombre que el troyano?), este agoniza a causa de un disparo efectuado por la china bravía: “la bala le había atravesado el cuello” del mismo modo en la *Iliada* la pica de Aquiles lleva hasta los umbrales de la muerte al troyano : “...envasole la pica a Héctor, que ya le atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca”. Cuando Cata finalmente degüella a su oponente, el chorro de sangre que surge de la herida baña el seno femenino, pero ella –que está también al borde de la muerte– “se pasó el puño cerrado por el seno de arriba abajo con expresión de asco, hasta hacer salpicar los coágulos lejos, y exclamó con indecible rabia: “-Que la lamban los perros”.

La intertextualidad , la relación entre un texto y otro se hace evidente a cada paso. Algunas veces sólo un adjetivo nos proyecta a ese otro mundo, como en el caso de la entrada en la lucha del general Juan Antonio Lavalleja quien, se nos dice, “sujetó a su caballo y dio una carcajada homérica bajando con el sable su brazo desnudo, cubierto de sangre y polvo”. En otras instancias la estructuración del episodio responde, de manera más deliberada a los ecos homéricos, como en el encuentro final de Ismael con Jorge Almagro. La actitud del gaucho ante la inminencia de la batalla es propuesta a través de un símil que responde evidentemente al recurso tan característico de la composición homérica: “...abriéndose camino con su hierro tinto en sangre, bajó la cabeza como el toro

encelado que embiste y carga ciego...” Desarrollo de la relación entre un término y otro de la comparación, referencia a elementos naturales, vinculación de actitudes y no de elementos, plasticidad, esas son las características fundamentales del recurso usados por el mítico poeta y son también los que busca lograr con su prosa el narrador oriental. La manera en que Aquiles descarga su furia sobre el cadáver de Héctor, al cual ataba a su carro y “arrastraba hasta dar tres vueltas al túmulo del difunto menetiada” se convierte – en la novela uruguaya- en la misma acción de matar: Ismael ha enlazado y desmontado a su rival al cual arrastra por el campo de batalla: “ El cuerpo de Almagro sacudido en infernal agonía, machucado al fin en las piedras del terreno, hecho una bola sangrienta, pasó rodando sobre los despojos del combate, y al llegar a la línea no era ya más que un montón repugnante de carnes y huesos”. Muerte y ultraje del cadáver enemigo, odio que va más allá de la muerte, el hombre presa de sus más elementales pasiones, todo eso resuena en un texto y en otro.

Algunas veces las relaciones se dan hasta casi con un guiño jocoso; la esclava negra de la familia de Luis María, personaje central de “Grito de Gloria”, y que aparece lavando ropa en una cachimba de aguas claras, lleva por nombre “Nerea”, o sea que los orígenes de su nombre están en Nereo, el “viejo del mar”, y las “nereidas”, diosas también marinas. El contraste entre una situación y otra de los personajes hace surgir la sonrisa. Igual sensación experimenta el lector cuando llevado por una palabra de resonancia trágica con la que Acevedo Díaz titula un capítulo “Los Coturnos de Jacinta”: su personaje también se desorienta cuando ve “aquellas con botas de piel de puma con pelaje, tan bien ceñidas al pie y a la pierna redonda... Nunca había él pensado en semejantes coturnos!”

Veamos ahora el capítulo XII de “Lanza y Sable” que se titula “Proteo” y que contiene un análisis histórico de la personalidad de Fructuoso Rivera. El nombre del caudillo oriental es sustituido por el de la divinidad marina que, muy a su pesar, guía a Menelao: “...transfiguróse al punto en melenudo león, en dragón, en pantera y en corpulento jabalí más tarde; después se nos convirtió en agua y hasta en árbol de excelsa copa. Mas como lo teníamos reciamente asido, con ánimo firme, aburriose al cabo aquel astuto viejo...” Una de las funciones del

mito es la de explicar de manera particular hechos o fenómenos del mundo natural o del espíritu humano; así lo entiende Acevedo y la capacidad de transformación y también la sabiduría del dios conocedor del futuro se la otorga al caudillo: “En la multitud de fases de su carácter, estaba realmente el secreto de su fuerza. Como el batraciano o el pólipo de formas irregulares e inconstantes de que hablan los naturalistas, cambiaba, disfrazaba, metamorfoseaba sus aspectos y posturas, al punto que no coincidían muchas veces en criterio respecto a sus facultades y propensiones sus mismos familiares.”

No sólo Acevedo Díaz fija su atención en las posibilidades de aplicación del mito; José Enrique Rodó, en sus “Motivos de Proteo”, cita específicamente a Homero, y refiriéndose al viejo del mar, nos dice: “En la Odisea y en las Geórgicas se canta a su ancianidad venerable, de su paso sobre la onda en raudo coche marino...siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna...” Personificación del cambio permanente, Rodó ve en Proteo la esencia de la condición humana: “...nuestra transformación personal en cierto grado, ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva?”

Transformación proteica, el tiempo como transformador, pero para Rodó una cultura, un pensamiento llegó casi al ideal, y es así que en Ariel, obra didáctica dedicada a la juventud, ejemplifica de esta manera: “Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantada pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. “Aquel que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios –dice uno de los himnos homéricos- se imagina que ellos no han de envejecer jamás.”

Podríamos seguir buscando y encontrando resonancias, ecos de la obra homérica en nuestra propia literatura o en otras, podríamos hablar de su incidencia en otras artes, pero la tarea sería casi infinita. Prefiero concluir con una definición de Italo Calvino en su obra “¿Por qué leer los clásicos?” que dice

así: “Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres).”

¿Por qué leo a Homero e intento transmitir ese placer a mis alumnos” porque- parafraseando a Borges- leyendo “La Ilíada” y “La Odisea” ingreso en el mundo donde las cosas tuvieron principio, si es que la literatura tuvo un principio.